

JESÚS: NUESTRO REDENTOR

David Roper



En el relato de la expiación llevada a cabo por Jesús reside el poder para enternecer el corazón y para motivar a los pecadores a vivir por Jesús. ¿Qué tema más importante puede haber?

La palabra «expiar»¹ significa hacer enmiendas, remediar asuntos, o restituir satisfactoriamente a una persona ofendida, obteniéndose como resultado que dos que estaban enemistados se pongan «en paz». Moisés trató de «poner en paz» a dos hombres que reñían (Hechos 7.26). La palabra «expiación» significa acuerdo, concordia, reconciliación.

La palabra griega² que responde por la única ocurrencia de la palabra «expiación» en la versión KJV del Nuevo Testamento (Romanos 5.11)³ significa literalmente intercambio de valores equivalentes, tal como monedas. El intercambio justo da como resultado una nivelación de diferencias, una reconciliación, una expiación.

La palabra hebrea⁴ que se traduce por «expiación» significa literalmente «cubierta». Describe la brea con que Noé cubrió el arca. Describe el presente que Jacob envió para apaciguar a Esaú: «Apaciguaré su ira [cubriré su rostro] con el presente que va delante de mí» (Génesis 32.20). La palabra ha llegado a significar «cubierta para el pecado, satisfacción, propiciación, expiación».

La palabra «pecado» proviene de palabras griegas⁵ que significan «errar el blanco» (tal como en el lanzamiento con arco), es decir, errar y ser culpable delante de la Deidad. En vista de que Dios no puede tolerar el pecado (Deuteronomio 32.3-4; Habacuc 1.13; Juan 8.21), Él tuvo que expulsar a los pecadores del Edén. El pecado dio como resultado la alienación entre el hombre y su Hacedor. En vista de que el pecado no puede entrar en el cielo (Juan 8.21, 24; Apocalipsis 21.27), el problema más serio del universo era la reconciliación, una satisfacción, una expiación, por medio de la cual los pecadores puedan ser restaurados al favor de

Dios en esta vida, y a Su presencia en los cielos al final de los tiempos.

LA REDENCIÓN ES NECESARIA

No fueron solamente Adán y Eva los que pecaron contra Dios. Todos los demás que pueden pensar bien y crecen distinguiendo el bien del mal, han errado el blanco de la justicia («Toda injusticia es pecado»; 1^{era} Juan 5.17). Todos están debajo del nivel de excelencia establecido por Dios (Romanos 3.23). Ningún ser humano, excepto Jesús, pudo preguntar sin que le respondan: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?» (Juan 8.46).

A pesar de los adelantos del hombre, esta pregunta de tres mil años de antigüedad todavía necesita que se responda negativamente: «¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?» (Proverbios 20.9). Jesús es el único que podría hacer tal afirmación. La universalidad del pecado demuestra que la doctrina de la expiación limitada está lejos de ser verdadera. Solamente una expiación universal puede ser eficaz contra el pecado universal. Si Dios no hace acepción de personas (Hechos 10.34), y si Él ama a todas Sus criaturas, entonces Su plan de expiación por el pecado debe incluir a todos los hombres.

LA REDENCIÓN ES PERSONAL

El pecado no se hereda ni se transfiere. Todo pecador es «atraído y seducido» por su propia concupiscencia (Santiago 1.14).⁶ Por esta razón, por más amplia que sea la expiación que hace Jesús por el pecado, esta es eficaz únicamente en la medida que cada individuo responde personalmente a las disposiciones de esa expiación. Si el pecado es individualista, también lo es la eficacia de la expiación. Si el pecado es personal, entonces la reconciliación debe ser también personal. La expiación es inútil, entonces, ante la ausencia de respuesta personal. La respuesta de los padres por

sus hijos es imposible, y también lo es que una persona se bautice en nombre de un amigo.⁷ «De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14.12).

LA REDENCIÓN SE ENCUENTRA ÚNICAMENTE EN CRISTO

La paga del pecado trae como consecuencia la muerte y el ser desterrado de la presencia del Señor. Dios no sería un recto y justo Ser (Deuteronomio 32.1–4) si Él pasara por alto la impiedad del hombre, y lo llevara al cielo a pesar de sus pecados. Sin embargo, Dios siempre ha amado al hombre, y ha anhelado su salvación (Ezequiel 33.11; Juan 3.16). ¿Cómo podía Dios seguir siendo justo y, a la vez, justificar a los pecadores? (Vea Romanos 3.25b, 26). Este era el problema del cielo.

La observancia de leyes patriarcales era insuficiente

Las leyes de Dios mandaban sacrificios de animales y prohibían el derramamiento de sangre humana y el ingerir sangre de animal alguno. Tales leyes eran esenciales para mantener a los patriarcas en el camino al cielo. Si tales observancias podían haber expiado por el pecado, el problema del cielo habría sido resuelto —pero estas leyes no podían hacer tal cosa.

La observancia de leyes mosaicas era insuficiente

Había una maldición sobre todo aquel que despreciara la ley de Moisés (Deuteronomio 27.26; Hebreos 10.26–27) y que no acertara a cumplirla. Aun los que la observaban intachablemente (Lucas 1.6; Filipenses 3.6) todavía tenían pecados en contra de ellos, pues era imposible que la sangre de animales quitara los pecados (Hebreos 10.4). «Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley» (Gálatas 3.21).

Creer y obedecer a Dios y a Cristo es insuficiente

Es un gran acto de fe el que se ejemplifica en el anciano Abram cuando ya tenía ochenta y cinco años, el cual creía que Dios haría que su simiente fuera tan numerosa como las estrellas (Génesis 15.6). Este acto de fe de Abram es alabado y presentado como un ejemplo para nosotros, en el Nuevo Testamento (Romanos 4.16–24; Gálatas 3.16–29). Si la obra de creer (vea Juan 6.29) y de obedecer pudiera expiar por el pecado, el problema del cielo habría sido resuelto. Una fe obediente (Romanos

1.5) que obra por el amor (Gálatas 5.6) es esencial para que alguien vaya al cielo (Apocalipsis 2.10), pero no hay nada que un ser humano pueda hacer que en realidad lo haga justo. Por más importante que era la estricta obediencia a la palabra de Dios, la obediencia humana no era la solución para el problema del cielo.

Hacer buenas obras es insuficiente

Las buenas obras son preciosas y necesarias ante los ojos de Dios (Mateo 25.31–46), pero no pueden expiar los pecados de los hombres. El padre que pegaba un clavo en la puerta cada vez que su hijo desobedecía, y que luego quitaba un clavo cada vez que obedecía, acabó con una puerta de muy mal aspecto: una puerta llena de hoyos. La obediencia es necesaria, pero ella no neutralizará la desobediencia. Una adúltera sigue siendo culpable, aunque haga bien a los que tienen necesidad. Un ladrón sigue siendo culpable aunque dé dinero a los pobres. El hombre que ora mucho para compensar las muchas maldiciones que dice, se está equivocando de enfoque. La salvación de los pecadores no se puede lograr por el método de contrarrestar débitos con créditos. Esta no es la solución al problema más grande del cielo (y del mundo).

La transferencia de justicia es imposible

Hay quienes han creído que la solución que Dios concibió para la irremediable condición de condenación del hombre, fue una transferencia de la justicia de Cristo a los seres humanos. Si esto fuera posible, jamás hubiera sido necesario que Cristo dejara el cielo, pues Él era justo antes de venir a la tierra.

Aunque Cristo es nuestra fuente de justicia (Jeremías 23.6; 1^{era} Corintios 1.30) y aunque somos hechos justos en Él (2^a Corintios 5.21), no hay transferencia de un estado de justicia de una persona a otra. No podemos ser declarados justos sin la expiación que hace Cristo, pero tampoco insinúan las Escrituras, ni la razón, que el estado de Jesús como ser justo haya sido aplicado a nosotros.

La justicia, la cualidad de ser recto, es una condición que existe por declaración que hace Dios del hecho, no por imputación de la condición de otro al pecador. Si una transferencia de justicia de una persona a otra fuera concebible, no hay duda de que Dios hubiera pensado en ella con el fin de escatimar a Su Hijo. Del mismo modo que el pecado de Adán no se hereda, tampoco la justicia de Cristo es transferible. Algo diferente debía ser la solución del cielo.

Enviar a Cristo como sustituto era la única solución

En el concilio del cielo, antes que el mundo comenzara (vea 1^{era} Pedro 1.20; Apocalipsis 13.8), los sacrificios animales que se ofrecieran en cualquier época, fueron declarados insuficientes para quitar los pecados de los hombres. El unigénito Hijo de Dios se ofreció para hacerse carne con el fin de poder sufrir una muerte sacrificial, sustitutiva (Hebreos 10.1–10). «He aquí que vengo [...] para hacer tu voluntad», le dijo a Su Padre (vers.º 7). El Padre explicó que no era obligatorio y que, de cambiar su parecer después de llegar a la tierra, Él no tenía que seguir con la terrible prueba. La promesa del Padre para Su Hijo fue recordada por Jesús cuando Este estaba sobre la tierra (Juan 10.17–18).

Jesús fue humano como el resto de nosotros. Podemos identificarnos con Su pavor a la cruz y entender por qué Él tuvo que «afirmar» su rostro para obligarse a ir a la ciudad donde había de perecer (Lucas 9.51; 13.33). Podemos entender por qué Jesús le llamó «Satanás» a Pedro cuando Pedro argumentó que Él no debía morir y lo tentó así a evitar la muerte (Mateo 16.21–23). Podemos comprender Su temor de la cruz cuando Su alma fue atribulada. No obstante, nos regocijamos de que en lugar de decir «Padre, sálvame de esta hora», Jesús se disciplinó para decir: «Mas para esto he llegado a esta hora» (Juan 12.27).

Durante la dolorosa prueba de Getsemaní, Jesús sabía muy bien que Él podía echar marcha atrás en cuanto a tener que morir. Él sabía que podía llamar legiones de ángeles para librarlo (vea Mateo 26.53), pero desechar la cruz no era algo que haría de buena gana. Tenía un profundo deseo de evitar el sufrimiento y la pena de la cruz. Oró fervientemente, con un sudor como gotas de sangre, para que se le ahorrara tal sufrimiento. Si el Padre podía pensar en algún otro modo de expiar por los pecados del mundo, Jesús deseaba que Su sufrimiento en el Calvario pasara de Él.

Aun en la profundidad de las riquezas de Su sabiduría, el Dios Omnisciente de todo no conocía ningún otro plan que fuera suficiente. Cualquier otro plan pondría en peligro la pureza del cielo y el patrón de justicia del Padre. La única manera como Dios podía seguir siendo justo y a la vez justificar a los pecadores, era que Él viera el doloroso forcejeo del alma de Jesús con los pecados del mundo amontonados sobre Él. No fue sino hasta en ese momento que el Padre se pudo sentir honrado al librar a los pecadores de culpa (Romanos 3.23–26). Sobre el Calvario, la misericordia y la verdad

tuvieron un encuentro, a la vez que la justicia y la paz se besaron (vea Salmos 85.10).

CONCLUSIÓN

¡Cuán bendecidos somos! A medida que Dios llevaba a cabo Su plan de redención, ángeles, profetas y hombres justos deseaban ver lo que sucedería. Mientras no llegaba el momento señalado, ningún ojo vio, ni oído oyó, ni mente imaginó el dolor y la majestad del sistema de expiación. Ninguno podía conocer la gloria que vendría. No obstante, lo que antes era misterio, ha sido revelado. Tanto ángeles como hombres pueden ver la multiforme sabiduría de Dios al mirar el grupo de pecadores que han sido llamados por la muerte expiatoria de Jesús, ¡para formar una iglesia de almas purificadas! Toda porción de religión, nueva o antigua, está relacionada con la cruz. Nada fue olvidado cuando Dios acabó de cumplir Su plan. Nada fue omitido cuando el mensajero de Dios se propuso no saber cosa alguna sino a Jesús, y a este crucificado (1^{era} Corintios 2.2).

Son emocionantes y conmueven el corazón el amor que propició el plan de Dios, la sabiduría que lo concibió, y el ánimo que lo efectuó. Su gracia proporcionó una cubierta divina para los pecados. Es triste, lamentable y digna de lástima la mente del hombre que ignora su propia pecaminosidad, y que desdeña como locura la gloria del sistema de expiación.

¹ La palabra expiar significa «uno solo, de acuerdo».

² *Katallage*.

³ N. del T.: En el Nuevo Testamento de la Reina-Valera aparece en plural solamente en dos versículos: Hebreos 10.6, 8.

⁴ *Kippurim*.

⁵ *Hata' y hamartano*.

⁶ Dios hizo al hombre con dos naturalezas: 1) Tiene un hombre interior, que sigue la ley de su mente (Romanos 7.23–24), que se deleita en la ley de Dios y que por sí mismo por naturaleza puede decidir en asuntos morales qué es el bien (Lucas 12.57; Romanos 2.14; 1^{era} Corintios 11.14). 2) Tiene un hombre exterior de carne (Romanos 7.25) que no tiene más religión que las bestias y no sabe otra cosa más que darse gusto a sí mismo. No se sujeta a la ley de Dios (Romanos 8.7) y tampoco puede, pues la carne no razona. No se debe esperar que en la carne pueda morar bondad moral alguna (Romanos 7.8), ni tampoco la maldad moral. Dejada a merced suya, por naturaleza, la carne buscará darse gusto a sí misma (Efesios 2.3). La parte carnal del hombre no es pecaminosa en sí misma. No es inmoral, sino amoral; no sabe qué son los valores morales. Cuando se le estimula, su rumbo es la inmoralidad, pero no se le hizo impregnada de pecado. Todo lo que Dios hizo fue bueno.

Nuestros padres nos traen a un mundo de pecado (Salmos 51.5). Puede que nuestros padres nos traigan a un mundo en el cual no se habla el idioma español, pero

tenemos que aprender el idioma. Del mismo modo, una persona aprende el pecado (Hechos 2.8). Salmos 51.5 es lenguaje poético vívido, tal como Salmos 58.3. Literalmente no hablamos apenas nacemos, ni tampoco nos extraviarnos con tanta prontitud; el hecho es que no nacemos extraviados. Es cuando empezamos a distinguir el bien del mal que nos extraviarnos. Entonces nuestros pecados, no los de Adán, nos separan de Dios (Isaías 59.1–2). El que nuestros padres coman uvas agrias no hace que nuestros dientes tengan la dentera (Ezequiel 18.2–3). Puede que suframos las consecuencias de muchas malas obras de nuestros padres (Éxodo 20.5), pero jamás llevaremos la culpa (Deuteronomio 24.16). Nosotros éramos sanos y perfectos cuando fuimos

creados hasta que se halló pecado en nosotros (Ezequiel 28.15). El Señor forma el espíritu dentro de cada uno de nosotros, y no nos inicia como pecadores (Zacarías 12.1). Nos inicia de un modo que, según Jesús, nos hace dignos del cielo. (Vea Mateo 19.14.) Romanos 5.12 no se refiere a los que no tienen uso de sus mentes ni a los que no saben distinguir su mano derecha de su mano izquierda; más bien, se refiere a los que han pecado (Romanos 3.9).

⁷ Mi opinión es que 1^{era} Corintios 15.29, a la luz de toda la enseñanza neotestamentaria, y a la luz de su contexto, se interpreta de la mejor manera de modo que diga: «los que se bautizan por [causa de la resurrección de] los muertos».

Ley y misericordia

Cerca del año 500 a. C., Seleuco, rey del distrito de Locris, tenía un problema parecido al de Dios. Su ley estipulaba que el adulterio se castigara con la pérdida de los ojos. No obstante, cuando su hijo fue hallado culpable de adulterio, el rey se vio a sí mismo debatiéndose entre defender la ley y ser misericordioso para con su hijo. Resolvió el dilema haciendo que sacaran uno de los ojos de su hijo y uno de sus propios ojos. De este modo, mantuvo íntegra la justicia de la ley y al mismo tiempo le permitió a su hijo poder seguir viendo.

No hubo más remedio

Darío de Media, reinando sobre el Imperio Medopersa, promulgó un edicto inalterable en el sentido de que durante treinta días solamente a él se podían elevar oraciones, so pena de ser arrojado a los leones (Daniel 6). Cuando se dio cuenta de que un hombre honrado y bueno, Daniel, había sido víctima de conspiración por parte de los que habían influido en el rey para que promulgara el edicto, Darío se llenó de gran pena. Amaba a Daniel, y no tuvo descanso hasta la puesta del sol, tratando de encontrar alguna manera de salvar a Daniel del foso de los leones. El rey no pudo encontrar un sustituto satisfactorio. La dignidad de la ley debía preservarse; Daniel debía ser arrojado en medio de los salvajes animales.

De un modo parecido, Dios Padre deseaba sin duda librar a Su Hijo de tener que sufrir la pena y el dolor de la cruz. Si hubiera habido algún otro modo de preservar la justicia y a la vez salvar a los pecadores, Él habría respondido favorablemente la oración en que Su Hijo le pidió ser librado. Como Darío no tuvo alternativa, tampoco la tuvo el Padre. Aunque Dios libró a Daniel de la muerte, tuvo que dejar morir a Jesús.

Expiación

El día más solemne entre los hebreos era el día décimo del mes sétimo, el Día de Expiación, Yom Kippur.¹ Era el único día de ayuno ordenado en la ley de Moisés. Al pueblo se le mandó: «Afligiréis vuestras almas» (Levítico 23.27). Era el Sabbath de Sabbaths, pues tanto el trabajo como la comida se suspendían. Ese día el sumo sacerdote rociaba sangre de animales, y lo hacía siete veces, delante del arca del pacto, arca que se mantenía en el Lugar Santísimo, y sobre la cual había una tabla de oro llama el *kapporeth*, es decir, la cubierta. De un modo parecido, Jesús entró en el Lugar Santísimo —el cielo mismo— con Su propia sangre, y aplicó el poder expiatorio de esta al propiciatorio.²

¹ Al día décimo del mes sétimo (Tisrí) se le llamaba *yom hakippurim*, el día de las cubiertas. En hebreo común se llamaba *yom kippur*.

² La palabra hebrea que se traduce por «propiciatorio», *kapporeth*, significa cubierta, mientras que la palabra griega *hilasterion* (Hebreos 9.5) significa depositario de amistad, lugar de satisfacción.